

[Pensar lo nacional

En ella se colean los zorros y camaleones
A partir de *Bulla* y *Buchiplumeo* de Raquel Rivas

Vicente Lecuna]

En la estela de la política

Desde hace ya algunos años me he dedicado a estudiar aquellas nociones de la teoría que terminaron por caer en lo que la derecha llama el basurero de la historia. Todos las conocemos: ideología, pueblo, rol del intelectual, alienación, testimonio, imperialismo cultural, entre otras. Todos sabemos que han sido substituidas, en distintos momentos, por otras, quizá menos pretenciosas, como *habitus*, sociedad civil, multitud, poder de gestión, transculturación, crónica, hibridez, entre otras. Uno podría suponer que esto de andar revolviendo la basura no tiene mucho sentido. Y puede ser verdad. Si tales nociones ya fueron desechadas, debe ser porque ya no sirven para nada, o porque nunca sirvieron bien a su propósito, o porque algunas de ellas convocaron entusiasmos desmedidos que contribuyeron con conocidos desmanes autoritarios. Yo quiero suponer, sin embargo, que volver sobre estas nociones podría tener sentido, aunque cuenten con el desprestigio de muchos de nosotros. O más bien, precisamente porque cuentan con ese desprestigio me resultan interesantes. Creo que esto puede tener sentido porque uno podría sospechar que haber desechado estas nociones resulta más bien conveniente para los nuevos desarrollos de la globalización. Quisiera proponer que sin estas nociones, en realidad, se nos hace más difícil hablar de ella. O digamos, se nos hace más difícil hablar críticamente de ella.

En medio de estos tiempos fastidiosamente posmodernos, de

precariedades sin horizontes, algunos autores, como Chantal Mouffe, Homi Bhabha, Edward Said, Toni Negri, Michael Hardt y Jesús Martín Barbero, entre otros, intentan reconstruir algún aparato crítico que permita entender lo que está sucediendo en este tránsito de la nación a la globalización, específicamente en lo que se refiere a cultura y política. En esta reconstrucción se suelen recuperar algunas de esas nociones que mencioné antes, de maneras innovadoras, tanto que resultan, de nuevo, pertinentes. Todas ellas recuperan la reflexión política para la academia. Todas ellas no le sacan el cuerpo al tema del poder y sus relaciones con las formas de representación.

Al final de *De los medios a las mediaciones* (1985), Martín Barbero, por ejemplo, concluye que el melodrama y la televisión en general permiten al pueblo en masa ... "reconocerse como actor de su historia, proporcionándole lenguaje a las formas populares de la esperanza" (333). Uno podría señalar, de entrada, que esa figura de "pueblo en masa" ya marca una clara diferencia con su equivalente nacional, que sería el de "pueblo" a secas. También uno podría decir que la noción de "pueblo en masa" guarda una relación cercana con la noción de multitud, como la entienden Hardt y Negri en *Imperio* (2002), es decir, como... "la auténtica fuerza productiva de nuestro mundo social" (66), que sólo tiene sentido en el mundo globalizado y en estrecha relación a la noción de imperio. En ambos trabajos se propone como respuesta a la globalización ya no una ideología, ni mucho menos una lucha nacionalista (como en los tiempos del imperialismo), ni mucho menos una nueva vanguardia, sino nuevas "mitologías", nuevos relatos de la esperanza.

Esta postura, que Martín Barbero y Negri y Hardt tan sólo representan en parte, marca una distancia importante con respeto a la demolidora destrucción de los relatos, o metarelatos de la modernidad que se llevó a cabo desde la trinchera del postestructuralismo. Al tanto de que ese ataque resultó de una profunda fertilidad intelectual, uno también debería decir que nos hemos quedado a la intemperie, en "la estela de la teoría" como dice Paul Bové, sin herramientas que expliquen los nuevos desarrollos políticos y culturales de la globalización, más allá del pesimismo de costumbre o los festejos apresurados sobre el fin de la historia. Por eso, insisto, me interesa revolver el basurero de la historia.

¿Bastará que el melodrama muestre el "drama del reconocimiento", como lo llama Martín Barbero, para que podamos sentir alguna esperanza en torno a las nuevas formas de intercambio cultural en el mundo

globalizado? ¿Será suficiente, por ahora, que el imperio no tenga un centro (nacional), como plantean Hardt y Negri, para que podamos imaginar una futura relación con la hegemonía en términos mucho menos injustos? Al margen de estas preguntas la academia suele quedarse embarrada, lamiéndose sus heridas, decontruyéndose a sí misma, al tanto de que todo relato supone alguna falsedad, alguna forma de autoritarismo. Mientras tanto otros relatos, los de la globalización, acaparan el espacio de discusión y lo vuelven higiénico. Y el basurero de la historia reboza a su lado. Por esto, la recuperación de las nociones que han caído en el basurero de la historia, por otro lado, no puede repetir las mismas exageraciones que en alguna época estuvieron de moda. Ya nadie se traga el pato Donald de Dorfman, ni alguna salida fácil que suponga que en toda la cultura de masas no hay sino degradación e imperialismo cultural ¿Cómo esa nueva forma? No sé. Pero me parece que uno puede detectar algunos indicios en los libros como, ya dije, de Martín Barbero, y de Negri y Hardt, por ejemplo. En nuestro medio podríamos comentar los trabajos de Javier Lasarte, Paulette Silva y los de Raquel Rivas, entre otros. Se podría decir que en estos trabajos ya no se hacen evaluaciones radicales de sus respectivos temas, sino que se consideran todas las contradicciones que abrigan, por ejemplo, los procesos culturales en grueso, lejos de la fe ciega de, por ejemplo, Nicholas Negroponte en *El ser digital*, (1995) o el pesimismo exacerbado de Paúl Virilio en *El ciber mundo, la política de lo peor* (1997). Las líneas que siguen pretenden hacer un primer comentario de los aportes de la Profesora Rivas en su libro *Bulla y buchiplumeo, masificación cultural y recepción letrada en la Venezuela gomecista* (2002).

Más masa, más mazamorra

Quisiera defender la idea de que *Bulla y buchiplumeo* es uno de los mejores libros de crítica literaria actual, y que su carácter histórico y cultural no hacen sino sumar esfuerzos en esta misma dirección. Crítica literaria practicada con inteligencia, a partir de una tremenda investigación. Precisamente porque su tema no es literario, su aporte a la crítica literaria es clave. De hecho, considero que podría servir como un modelo, sobre todo para el trabajo académico, que a ratos puede quedársenos dormido en jergas, modas y en escasos espacios de circulación y diálogo. Para decirlo de una vez: creo que *Bulla y buchiplumeo* es importante porque

alumbraba ese espacio oscuro, esa especie de punto ciego de buena parte de la crítica literaria: los fenómenos culturales que están cerca de la literatura, como las notas de periódicos, las reseñas, los anuncios publicitarios, la crónica, los panfletos, series dramáticas de radio, por ejemplo. ¿Y por qué la crítica literaria debe encargarse de este tipo de textos, si estamos claros de que ellos no conforman un corpus propiamente literario? Yo creo que la crítica literaria se debe encargar de este tipo de fenómenos precisamente porque no son literarios, porque en ellos se puede notar, al oponerlos a los propiamente literarios, una serie de contradicciones y acuerdos, de ausencias y presencias, que nos podrían llevar a una imagen, en movimiento, mucho más sofisticada de la historia cultural del país, a menudo demasiado centrada en grandes novelas, grandes escritores, grandes poetas, etc. Vendría a ser, entonces, una especie de necesario suplemento.

En parte, este esfuerzo por considerar esos temas no es nueva. *Bulla y buchiplmeo* continúa una tradición de estudios académicos sobre literatura venezolana del siglo XIX que ha tenido como centros más importantes el departamento de literatura de la Universidad Simón Bolívar, el Centro de Estudios Literarios Gonzalo Picón Febres de Mérida, El CELARG, el instituto de Investigaciones Literarias de la UCV, entre otros. La clave central de esta perspectiva, que probablemente diferencia esta reciente tradición de otras más antiguas, es la relación entre la nación y la literatura en el siglo XIX. Una manera tosca de resumir los extraordinarios aportes de profesores como Beatriz Gonzáles, Javier Lasarte, Paulette Silva, Jorge Romero, Mirna Alcibíades, Belford Moré y Álvaro Contreras, a partir de los trabajos de Ángel Rama, Hommi Bhabha, Benedict Anderson, entre muchos otros, es la siguiente: la nación venezolana, como otras, no solamente se construyó a punta de guerras de independencia, guerras federales, caudillismos, autoritarismos militares consentidos por civiles poderosos, personalismos presidenciales, partidocracias y demás cosas por el estilo —cosas política en sentido estricto y muy limitado, por cierto, como insisten todavía hoy en día nuestros libros de historia, sobre todo los de texto—, sino también a través de la construcción de un discurso sobre la nación, lo que se dijo, o escribió sobre lo que fuimos, o lo que creemos que fuimos, más bien. Este discurso, que también es político, pero en sentido más sutil, tuvo como protagonista, en el siglo XIX, a la figura del intelectual, y a la literatura como nicho, en general. Lo más importante: no solamente ella basta para comprender el desarrollo cultural de la nación. La

nación, dicho de otro modo, es mucho más que literatura, aunque ese mucho más sea, en gran medida, y al lado de guerras, condiciones materiales, luchas de clase, políticas transnacionales, imperialismos y demás laticras del basurero de la historia, un relato polifónico, en el que los medios de masas cobran protagonismos determinantes y a la vez relativizan la misma idea de nación como centro generador de identidad. Después del impacto de los medios de masas, el imaginario popular no puede verse al margen de las fuerzas de la globalización, podríamos adelantar

De hecho, uno de los méritos del libro de Rivas es que logró mudar esta misma discusión a principios del siglo XX, especialmente a los últimos diez años de la dictadura de Gómez, momento clave para la reevaluación del tema nacional. Pero su argumento no se basa, como dije, meramente en lo político o histórico, sino también en lo textual y cultural. Rivas encuentra en una larga serie de textos, sobre todo periodísticos, las distintas inflexiones letradas sobre los cambios políticos que se introducían en Venezuela con la modernidad, o más precisamente con la modernización. De la mano de la radio, los actos de la semana del estudiante, los periódicos, la llegada de Gardel a Caracas, la publicidad, la radio novela, la figura de pueblo se mutaba en su probable equivalente moderno: el público. Y su control, poco a poco, no era posible ya con las estrategias tradicionales de exclusión. Rivas anota cómo surgieron nuevas formas de control social, en calve mediática. Irónicamente, los medios de masas también permitieron un protagonismo popular mucho más notable que el de algunas fórmulas literarias del criollismo. Otro aporte importante en este sentido es que Rivas logra demostrar con bastante claridad argumentativa, y una buena serie de ejemplos, que la modernidad no comienza en Venezuela con la muerte de Gómez, como sostuvo Mariano Picón Salas, entre otros, sino que ya desde el comienzo de siglo XX, y hasta un poco atrás, podemos hablar de la construcción discursiva de una nación moderna.

Además, el libro de Rivas pone a prueba la tesis fundamental del importante libro *De los medios a las mediaciones*. Según Martín Barbero, hay una relación de continuidad histórica entre las culturas populares y la cultura de masas:

La cultura de masas no aparece de golpe, como un corte que permita enfrentarla a lo popular. Lo masivo se ha gestado lentamente desde lo popular. Solamente un enorme estrabismo histórico, y un potente etnocentrismo

de clase que se niega a nombrar lo popular como cultura, ha podido ocultar esa relación hasta el punto de no ver en la cultura de masas sino un proceso de vulgarización y decadencia de la alta cultura (165).

Súper Sábado Sensacional, por ejemplo, no sería, según esto, una especie de opera venida a menos, degradada para agradar a la chusma. La telenovela, por otro lado, no sería una versión menor de la novela. Esta forma de ver las cosas corresponde a la vieja, y muy sólida por lo demás, tesis de Adorno y Horkheimer, quienes junto a sus otros colegas de lo que luego sería la escuela de Frankfurt, hicieron el primer estudio serio sobre la cultura de masas. Básicamente, muy básicamente, Adorno y Horkheimer pensaban que la cultura de masas, o la industria cultural como la llamaban, no era una cosa muy distinta a una fábrica de salchichas, que tenía como único propósito producir dinero, como toda empresa que se precie. Cualquier intención estética, elevada, artística propiamente dicha, vanguardista, por ejemplo, quedaba anulada, imposibilitada. La industria cultural es un gesto positivo. Y la negatividad adorniana no podía aguantar eso (uno lo entiende, por demás). Rivas, de la mano de Martín Barbero, no muestra cómo, a través del melodrama *El misterio de los ojos escarlata*, por ejemplo, no solamente se perpetuaba la función pedagógica del intelectual letrado y se seguía la fórmula del teatro clásico, sino que también se permitía la expresión de fórmulas populares, no letradas, premodernas.

“Allí la explicación popular mágica de las razones de ser del trueno o de la lluvia convivirá —sin demasiadas distancias jerárquicas— con el saber ilustrado que indica el nombre científico y el lugar racional otorgado a cada objeto.” (116).

Esta contradicción supone, según Rivas, un rearrreglo de las relaciones de poder, a través de las nuevas formas de representación mediáticas, que a su vez vienen de formas populares. Los medios de masas en Venezuela, además, construirían el primer lugar de encuentro simbólico para los venezolanos de todas las clases sociales: “la patria no será más representada sólo en el excluyente territorio de la letra” (133).

Si la sociedad inglesa, por ejemplo, logró, en parte, modernizarse en el siglo XIX a través de la promoción de la alfabetización y la lectura de la literatura, así como los programas para su estudio (que, según lo que dice Terry Eagleton comenzaron en los institutos tecnológicos antes que en

las universidades propiamente dichas), en Latinoamérica, como señala Martín Barbero, y en Venezuela, como destaca Rivas, los venezolanos nos modernizamos a punta de las ondas herzianas, de la radio, que comenzó su actividad en 1926. El melodrama radial pudo lograr lo que no habían podido las anteriores generaciones de escritores: llegar al pueblo y proponer algún programa político, alguna visión de país más o menos democrática, con particularidades populares, por lo menos en algunos casos. En otros no tanto. Las elites letradas venezolana, antes de la Escuela de Frankfurt, temieron los efectos de la cultura de masas sobre el pueblo, trasmutado en público, y trataron de controlar esa variación. Esta misma tensión aparece en el sector letrado. Este caso es explorado por Rivas en la revista *Élite* de la época, dirigida por Juan de Guruceaga,

Las reacciones frente a la invasión del espacio urbano por parte de los nuevos medios revelaban una preocupación no sólo por la pérdida de centralidad de la ciudad letrada (...), sino (...) por la fascinación que ejercían los nuevos medios en el mismo sector de los intelectuales que veían fracturadas sus filas ante estos nuevos fenómenos (194).

Además de estos casos, Rivas explora, a través de textos, los eventos de la semana del estudiante en 1928, dándole una análisis cultural a un fenómeno que ha merecido muchos estudios, sobre todo políticos e históricos. Logra demostrar que el uso del humor, de los anónimos, de la ligereza (apelaciones a lo popular), fueron elementos importantes de la lucha antigomecista, en convivencia con recursos de alta cultura.

La semana del estudiante se coloca en ese límite en el que se une la actividad cultural de la élite ilustrada —el recital poético-musical— con los actos oficialistas de reconocimiento a los héroes de la patria y la práctica popular del carnaval y la fiesta callejera (59).

La llegada de Gardel a Caracas resuelta uno de los capítulos más interesantes de este libro. Según Rivas, y de acuerdo a los ejemplos que arrojó su investigación, la ciudad letrada, los intelectuales, produjeron respuestas variadas ante el fenómeno: desde cierta aprehensión ante una figura de masas —la primera de verdad—, hasta la digestión más o menos postiza del hecho de que Gardel podía cantar canciones cultas y populares por igual, lo cual es visto cómo mérito por algunos de los cronistas de

la época. Esto último sería un indicio serio de la instalación de la modernidad en nuestro país.

Todo lo anterior no hace justicia al libro de Rivas. Es mucho mejor de lo que he podido reseñar. Me gusta este trabajo por todo lo que acabo de decir, y sobre todo porque muestra los límites de la crítica literaria. Límites que el estudioso de la literatura puede cruzar, y debe cruzar. Si no imaginamos el campo letrado en oposición y a veces convivencia con estos otros espacios culturales, políticos e históricos, tendremos una imagen muy limitada de la propia literatura. Asimismo, reintroduce, de la mano de Martín Barbero, un tipo de análisis que recupera la política dentro de la discusión académica. Para decirlo con un lugar común: como sabemos por lo menos desde Gramsci, la cultura, alta o de masas, popular o tradicional, también es un espacio de lucha y consensos, y las sucesivas configuraciones sociales, o mitologías, corresponden a un devenir inestable, en constante construcción.

Una de estas lecturas política supone que la cultura de masas en Venezuela, como en otros lugares, no solo amenaza alguna idea primitivista de cultura (lo nuestro, lo tradicional, lo ancestral), normalmente asociada a la élite, sino sobre todo amenaza las relaciones de poder locales. Por eso fue administrada con prudencia y miedo, en parte. Por eso con los medios de masas se abrió una puerta hacia una representación más democrática que la que se hacía en la literatura, aunque a la vez se haya controlado su producción.

Creo que el libro de Rivas recupera reflexiones abandonadas demasiado ligeramente por las tendencias posmodernas de la crítica y la investigación sobre temas políticos y culturales. Venezuela, a estas alturas, no puede verse como una construcción discursiva meramente literaria, mucho menos textual, mucho menos al margen de las fuerzas de la política. Si es cierto que la nación es una narración, este relato no es únicamente literario. La referencia, crucial, sin duda, de Gallegos y muchos otros, debe ser acompañada por referencias que vengan de los medios de masas. Esto no quiere decir, como decía, que estas nuevas referencias sean necesariamente mejores, necesariamente más democráticas, como se podría desprender de las esperanzas de Negroponte con respecto a las nuevas tecnologías digitales de comunicación de masas, por ejemplo. La tecnología, aún hoy en día, en Venezuela no es mucho más que una mango que uno coge de la mata, en el mejor de los casos, una cosa que cae del cielo. Pero tampoco debemos, creo, pensar a las medios de masas como lo

hace Paúl Virilio: como una amenaza al individuo. En ellos se reproducen todas las contradicciones sociales, más bien, y ellos producen esas contradicciones, como se puede ver en el libro de Rivas.

El intercambio entre la cultura popular, la cultura de masas y la alta cultura no es mecánico ni unidireccional. A partir de un libro como *Bulla y buchiplumeo* podemos ver claramente cómo una agenda vieja, por ejemplo se adapta, se reproduce, en un medio nuevo. Al hacerlo, tanto la cultura popular como la alta cultura se ven en la necesidad de negociar, de administrar sus diferencias, en medio de cierta convivencia más o menos tensa. Esta tensión, de alguna manera, es el correlato de las tensiones políticas de un país que, desde entonces, vive en la bisagra de una modernización incompleta y una retradicionalización siempre inacabada. Esta recuperación del idioma de lo político para la discusión académica creo que es el mérito central del libro. La moda de los estudios culturales ya pasó, llevándose con ella buena parte del ruido que la acompañó. Las pocas nueces que tenía se han quedado con nosotros. Son las nueces de la política. Si algún sentido tuvieron los estudios culturales fue este: dejarnos de regreso a la política en el centro de la discusión.

Una contradicción final

La nueva ley Venezolana de medios (Resorte) no parece tomar en cuenta nada de lo que suponemos sobre el tema. Parece una ley conservadora de principios del siglo XX. Supone que la cultura de masas, y sus respectivos medios, es mala por naturaleza. Que esto sea así, que lo que Martín Barbero, Rivas y otros hayan estudiado sobre el tema no tenga ninguna repercusión sobre esa ley, dice mucho sobre el nuevo lugar de las universidades en este nuevo esquema. ¿Será que el lugar que ocupó la izquierda a partir de la pacificación de los sesenta, en la cultura, en las universidades, se reproducirá ahora de nuevo, bajo otros signos, en otras claves? ¿Será que hablaremos de estas cosas sin que tengan ninguna repercusión en la vida política nacional? ¿Será que la torre de marfil volverá a ser la misma de antes otra vez, pero al revés?

Vicente Lecuna

Escuela de Letras. Universidad Central de Venezuela

Bibliografía

- MARTIN Barbero, Jesús. (1998). *De los medios a las mediaciones*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- NEGRI, Antonio y Michael Hardt. (2002). *Imperio*. Buenos Aires: Paidós
- NEGROPONTE, Nicholas. (1995). *El ser digital*. Barcelona: Ediciones B.
- RIVAS, Raquel. (2002). *Bulla y buchiplumeo, masificación cultural y recepción letrada en la Venezuela gomecista*. Caracas: La nave va.
- VIRILIO, Paúl. (1997). *El cibernundo: la política de lo peor*. Madrid: Cátedra.